

tándome igual que si nada hubiera ocurrido. Asistió á todas las diversiones contento, feliz. Esto hirió mi amor propio; era la primera vez que encontraba tal frialdad en un hombre, que pagaba con el desprecio mi desdén, y juré no descansar hasta sacar á aquel hombre de su indiferencia, hasta verlo de nuevo á mis plantas. Empleé todas mis seducciones en conquistar el corazón que había despreciado. ¡Vano empeño!

Todos mis encantos se estrellaron contra su estudiada cortesía. Mis sonrisas, que á tantos habían enloquecido, se perdían, porque sus ojos vagaban siempre y sólo fijaban en mí alguna mirada indiferente y helada.

Ante tanto desvío, mi empeño creció hasta el punto de cifrar en aquella conquista mi tranquilidad, mi alegría.

Durante algunos meses sostuve una lucha terrible con aquel hombre que yo creía de mármol; no conseguí nada. Ser tan extraño me atrajo por lo nueva que era para mí su resistencia; lo desconocido me sedujo, y la impetuosidad de mi carácter me hizo amarle porque en él veía un imposible.

La cruel tirana se convirtió en esclava; mi corazón de roca se ablandó al fin, y por lo mismo que había tardado tanto en recibir la flecha de Cupido, se clavó en mi pecho con más fuerza. Amé con delirio, y la terrible coqueta tuvo que confesar que la mujer ha nacido para amar y ser amada.

La palidez del sufrimiento se extendió por mi rostro, haciendo huir de él los colores de la vida; mi salud se resintió; un círculo morado rodeó mis ojos, y todos comprendieron que el amor era la causa de que mi humor se hubiera tornado triste y sombrío. Buscaron al hombre que tal triunfo había conseguido, y al momento lo encontraron. Todos conocieron mi pasión, todos menos él, que fingía no ver el cambio de mi conducta ni el afecto inmenso que mis ojos expresaban.

Esta nueva humillación, lejos de curarme de mi amor, me hizo amarle más. ¡Tal es el corazón humano, que siempre desprecia lo que posee y ambiciona lo imposible!

Yo, que tanto me había burlado de los que corrían tras de mí porque los despreciaba, me vi bien castigada, comprendiendo al fin que, así los hombres como nosotras, estamos sujetos á error y es preciso perdonarnos mutuamente.

Mi pasión llegó á convertirse en frenético delirio. Y un día... no sé lo que pasó; dominada por los mil afectos que aquel hombre despertaba en mí, tal vez pronuncié palabras que comprometerían mi dignidad; porque de repente vi trocarse el hielo en llama abrasadora, y tuve el placer inmenso de contemplarlo de nuevo á mis pies, rendido y apasionado. Pretextó que su indiferencia había sido simulada; me juró un amor eterno. ¿Podré nunca describirte la dicha que embargó mi alma?

En medio de su entusiasmo, y no queriendo, como él decía, perder un momento de felicidad, pidió mi mano. Se arregló la boda y empezaron los preparativos, porque mi padre no se opuso, contento de que al fin hubiese hallado un hombre en quien, fijando la atención, pusiese término á mis devaneos juveniles.

Pronto cundió la noticia de mi boda, que fué un gran acontecimiento en el mundo elegante; no se hablaba en los salones más que de mi lujoso *trousseau*, de mis ricos trajes.

Unos días antes del señalado para la ceremonia, el que iba á ser mi esposo suscitó delante de mí una cuestión con uno de mis antiguos adoradores. Ambos salieron enfurecidos de la estancia, y todo me hizo creer que se trataba de un duelo. Recordé el duelo anterior y temblé por la vida del hombre á quien amaba.

Llorosa, desolada, rogué á mi padre, á mis parientes, á mis amigos que corriesen en su busca é impidiesen el funesto lance. ¡Qué horrible noche aquella! Me hallaba sola en mi aposento, entregada á una ansiedad espantosa, cuando oí resonar su voz en la antesala. Decía á mis criados que deseaba hablarme sin pérdida de momento.

Aunque no recibía visitas de hombres en ausencia de mi padre, la gravedad de las circunstancias me impulsó á franquearle la entrada en mi propia estancia.

Entró pálido y azorado, me confesó que iba á batiarse al día siguiente, que había querido despedirse de mí porque tenía el presentimiento de que iba á morir, de que ya no volveríamos á vernos más que en el cielo... Se postró á mis pies, cubrió mis manos de lágrimas y besos... Era hermoso, elocuente, apasionado...

Aquel hombre tenía el poder de enloquecerme; sus palabras alejaban de mi mente toda idea que no fuera la de su amor; poseía el talento de hacerme olvidar cuanto existe, y llenar él solo mi corazón, mi alma. ¿Qué más te diré, Julia mía?... Permíteme que no continúe; las fuerzas me faltan de nuevo, mi pecho estalla al querer traer á la memoria los sucesos de aquella noche terrible.

De pronto lo vi agitado por extraño temor. «Han llamado — exclamó, — huyo para salvarte...» Y como si temiera á un enemigo invisible, recorrió con mirada extraviada la estancia, y se lanzó al balcón. Yo corrí á tranquilizarle; pero ya era tarde; había saltado el antepecho y descendía con rapidez. En la acera de enfrente había un grupo de jóvenes, los cuales acogieron su aparición con hurras de entusiasmo, y le saludaron con mil chistes picantes. Al ver aquello lancé un grito de horrible angustia y caí desmayada. ¡Lo había comprendido todo!

Pasé muchos días en una fiebre continua; cuando estuve en estado de comprender, me entregaron una carta; era de él. La abrí con terrible ansiedad, y tú

podrás comprender el efecto que me haría cuando leas los párrafos más importantes de ella, los que te copio á continuación:

«He amado á usted — decía — como jamás hombre alguno ha amado á una mujer. Con infernal astucia me hizo usted creer que era correspondido, me dejó entrever el cielo de la más completa ventura para arrojarme luego con su glacial desdén al infierno de la desesperación, y juré vengarme.

»Usted creyó, sin duda, que podría jugar con todos como lo ha hecho con los... infelices que la rodeaban, y estaba usted en un error: de ello se habrá usted convencido al tropezar con un hombre que ha cambiado su amor en aborrecimiento y ha sabido doblegar la audacia de una coqueta, hacerla sentir y amar con el solo objeto de pagarla los tormentos sufridos, de castigarla con la pena del Talión. El mundo señala á usted con el dedo; si á él pregunta usted por su honra y por la estimación con que antes la distinguía, dirá sin vacilar: «La honra de la coqueta está pendiente de un hilo que ella hace oscilar continuamente con su volubilidad; si lo han cortado, ¿de qué te quejas? Hábrala guardado mejor.» He cumplido, pues, mi juramento, vengando á la faz del mundo la afrenta que en público recibí de usted, y me alejo satisfecho de Madrid.

»Pero antes quiero dar á usted un consejo. Medite usted en la severa lección recibida y no vuelva usted á jugar con los hombres, si no quiere exponerse á tro-

pezar en su camino con otro semejante á mí que la haga comprender aún más rudamente cuán peligroso juguete somos.

»Piense usted que la mujer siempre pierde, de cuya verdad tiene usted en sí misma una prueba, pues que yo seré muy feliz, mientras usted... supongo que no, y apártese de la senda que hasta ahora ha seguido, que los hombres buscamos en la coqueta un momento de placer, nunca á la esposa que ha de hacer nuestra ventura.»

Esta carta fué un agudo puñal para mi corazón; sus observaciones eran sabias, muy justas sus acusaciones, y al conocer toda la insensatez de mi conducta, el inmenso abismo que ella había abierto á mis pies, mi alma se estremeció de dolor. Hubiera dado lo que me restaba de vida por volver atrás, por borrar todo lo pasado con una conducta intachable y juiciosa; pero ya era tarde; lo que deseaba era imposible, porque el mundo me señalaba con el dedo; y me retorció impotente con horrible desesperación.

En esta terrible crisis me sorprendió mi padre; la emoción me ahogaba, y se lo confesé todo. El golpe fué mortal para el pobre anciano. De una ojeada vió sobre nosotros todo el peso del ridículo, la sonrisa insultante del mundo, el desprecio de nuestro círculo, su honra hecha jirones, su ilustre nombre manchado por la asquerosa baba de los difamadores de oficio. Y llevando sus manos á la cabeza cual si quisiera apartar de sí tan horrible cuadro, cayó al suelo como

herido por un rayo, lanzando un grito de angustia, con el que iban mezcladas las palabras *te perdono*.

Veinticuatro horas después mi padre había muerto: ¡yo lo maté! Esta idea destroza mi alma. ¡Oh! ¡Con qué ligereza se juzgan sin consecuencia las veleidades de una mujer coqueta!

En aquellos terribles días de prueba me encontré sola. En la soberanía de la belleza sucede como en la política; el mundo da con el pie á la reina caída. Todos me abandonaron, y no tuve en mi aflicción, ni el consuelo de una amiga, ni el apoyo de un amigo. Sola con mi conciencia, mis remordimientos y el recuerdo punzante de mi único amor, pasé todo el tiempo del luto.

Terminado éste y calmada por el bálsamo del tiempo la fuerte impresión de los sucesos pasados, sentí retoñar de nuevo mi pasión dominante. Reparé que aún era hermosa, que aún podía brillar. Acaso — pensé — encuentre un marido digno de mí; y cegada otra vez por mi loca vanidad, tuve la osadía de presentarme más altiva que nunca ante el mundo. Allí me esperaba otro nuevo desengaño.

Ellas me acogieron muy mal; sus miradas de desprecio, su desdén al no tenderme las manos, todo me indicó que nuestra sociedad, aunque extraviada, conserva su dignidad y castiga con su desprecio á la mujer que, débil ó pervertida, no sabe sostener la majestad de su honra.

Ellos celebraron con entusiasmo mi osadía, porque

se proponían sacar partido de ella. Me vi rodeada de mis antiguos adoradores; pero ya no eran los tímidos pretendientes de antes. Sus miradas atrevidas me hicieron comprender que ya no buscaban en mí á la niña, aunque ligera, virginal; que creían tener derecho á todo. Sus insultantes galanteos no me permitieron dudar de sus intenciones. Esto me indignó, los rechacé con mi antigua altivez y les hice recordar que era siempre honrada; mas ellos acogieron mi declaración con una carcajada general. El nombre de mi antiguo amante salió de todos los labios como documento protesta, y cada uno de ellos tuvo una palabra irónica, una frase picante. Se burlaron de mi alarde de virtud, me humillaron á coro con sus alusiones al pasado, y tuve que salir de allí con el rostro enrojecido, volviendo humillada y escarnecida á mi casa.

Pasé la noche llorando; había perdido la última esperanza, había visto que me era imposible encontrar un hombre digno que me diera su mano. Cuando amaneció me miré al espejo; había perdido en aquella noche diez años de juventud.

Aquí tienes, amiga mía, todo lo que me ha pasado. Hoy acudo á ti porque me encuentro en una crisis terrible. Yo no puedo vivir así, sola, aislada, sin afectos, sin cariño; necesito las emociones de la vida del corazón. A mi ardiente temperamento le son tan precisas las impresiones fuertes, como al pez el agua, como al ave el viento. Esa vida, Julia mía, ya no puedo encontrarla en el cariño del hogar doméstico: ¡yo

lo he hecho imposible! Sólo el amor criminal se presenta en mi camino, el abismo me atrae con irresistible imán, únicamente un resto de dignidad me sostiene.

Muéstrame otro camino, Julia; tú que eres tan buena descubrirás horizontes que mis cansados ojos no ven; házmelos conocer y te deberé la vida. Repara que este es el grito del alma que se ahoga. Veo que mis ideas se ofuscan y me siento descender lentamente al abismo. Julia, tiéndeme tu mano, sálvame, por piedad.

Adiós; escíbeme pronto, y... de nuevo te lo ruego, salva á tu

CAROLINA

VI

Julia, Julia mía: Dios te bendiga. Tú eres mi ángel bueno, el ángel de mi redención. El cielo te premie todo el bien que me has hecho.

¡Oh! Has pronunciado una palabra que ha derramado en mi alma un bálsamo divino, que ha llenado mi corazón de inmenso consuelo, que ha inundado mi ser de inefable ventura. Palabra mágica que ha abierto ante mis ojos los puros horizontes que buscaba; que me ha hecho ver un porvenir de inagotable felicidad. Sublime palabra, que arrojada al oído del que sufre y llora, es como la tabla para el pobre naufrago.

«La religión perdona siempre — me has dicho, — ella debe ser tu puerto de salvación; acógete bajo su augusto manto, y cuando goces los eternos placeres del amor divino, tendrás la satisfacción de arrojar de tu mente las criminales ideas que ahora te agitan.» Al leer esto, una luz divina iluminó mi mente; me sentí agitada por una emoción tan dulce y tan profunda como no la he conocido nunca. Caí de rodillas impulsada por una fuerza superior.

«Sí — exclamé; — á Dios dedicaré todo el fuego de mi alma, todo mi amor.»

Y mi frente se inclinó, mi espíritu se elevó hasta el cielo.

Cuando me levanté estaba firmemente resuelta á trocar mis criminales ideas por las ideas ascéticas, mi amor mundano por el amor divino.

Sí, Julia mía; tú tienes razón; sólo la religión puede salvarme; sólo ella puede sacarme del infierno en que me agitaba; sólo ella tiene poder para elevar mi alma de este mundo de miserias á las serenas regiones adonde moran las conciencias rectas. La religión abre á mis ojos un nuevo mundo, me ofrece una vida nueva. ¿Quién más indulgente que ella? ¿Quién más interesado en la regeneración del ser que ha faltado? Dios me perdonará, sí; Él me tenderá su mano y llenará con su amor mi alma ansiosa de cariño. Los placeres de la caridad me harán olvidar los goces del mundo, y en su ejercicio encontraré las emociones que buscaba.

¡Oh! ¡La religión no me rechazará como el mundo! Ella no se burlará de mi arrepentimiento, ni me insultará con sus sonrisas desdeñosas, porque es fuente inagotable de consuelo, tesoro de perdón, y me recibirá con los brazos abiertos; en ellos me arrojo, Julia. ¡Gloria á Dios que me ha inspirado tan salvadora resolución! ¡Gloria á ti, mi ángel querido, que me has sacado del borde del abismo y has hecho resonar en mi alma la sublime palabra que me salva, eterno refugio del que sufre!

En cuanto adopté la resolución de dedicarme á Dios, busqué el medio mejor de hacerlo y lo encontré en seguida. ¡Seré Hermana de la Caridad!

¡Ah! Si Dios no te hubiera puesto en mi camino, en vez de vestir este santo traje hubiera llegado al último escalón, al oprobio y la vergüenza.

¡Cuánto he sufrido, querida amiga mía! ¡Cuánto he llorado por mis erróneas ideas, por mis equivocadas creencias!

Hasta que la mujer se convenza de que su principal misión es la de amar y hacer comprender al hombre los puros goces del hogar doméstico, no será feliz.

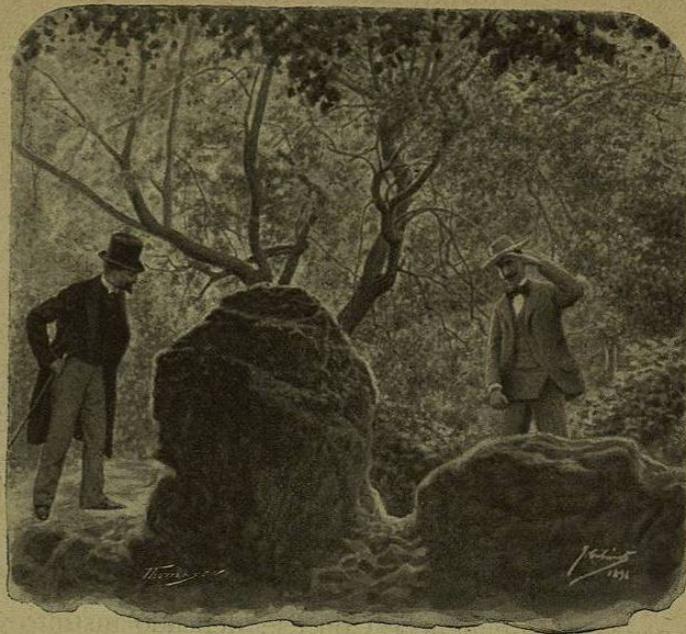
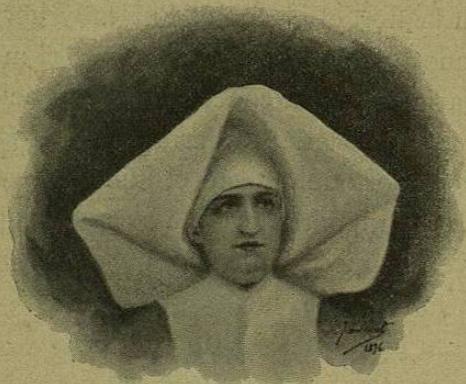
Amar, sí, amar siempre. Soltera, al padre, á la madre, al hermano; casada, al esposo, al hijo; niña, á sus muñecas, á sus infantiles juegos, á sus pequeñas amigas; anciana, á los tiernos frutos de sus hijos: amar todo cuanto nos rodea. ¿Hay algo más hermoso, más dulce, que más puros goces proporcione? En la vida

íntima, en el cariño de la familia, allí está la dicha de la mujer.

No creas que apunto estas ideas tan sólo por escribir, no tal. Tú tienes una hija, un ángel hermoso, y quiero que cuando esté en edad de comprender le des á leer estas cartas que encierran mi triste historia con todos mis errores y arrepentimiento; tal vez le sirvan de algo. Empápala en las ideas de modestia que te han enseñado á ti; la modestia es en la mujer lo que en la flor el perfume. Por muy hermosa que sea, haz que no lo comprenda nunca; el mayor enemigo de la mujer es la conciencia de su belleza; rara es la que sabiendo que es hermosa no es fatua. Procura, sobre todo, que deteste el lujo, el deseo de brillar: esta pasión ha arrastrado á su perdición á infinidad de jóvenes. Piensa que la primera educación hace gran peso en nuestra vida, y procura desde pequeña despertar su corazón al sentimiento. ¿Qué es la mujer que no siente? Lo que yo he sido por largo tiempo, una bella estatua creada para hacer la desgracia de todos los que la aman. Acostúmbrala á que vea en el hombre el apoyo de su sexo, el compañero de la mujer, no un objeto de diversión; que ya ves el resultado que esto me ha dado. Con estas ideas inculcadas en su tierna inteligencia y con el ejemplo de tus virtudes, tu hija será feliz. ¡Oh! Si yo hubiera tenido una madre, mi corazón no hubiera permanecido por tanto tiempo insensible, no hubiera sufrido tanto.

Adiós: ahora sí que es la última vez que te escribo; muy pronto te estrecharé entre mis brazos. Entretanto cuenta con la eterna gratitud, con el inmenso cariño de tu hermana en la caridad, de tu amiga

CAROLINA



... el paseante tropezó con el inmóvil admirador de la naturaleza

LAS DOS RUTAS

I

En la calle de San Lorenzo de esta corte lucía hace algunos años su gallarda arquitectura un soberbio palacio que formaba extraño contraste con la pequeña casita de pobre fachada y dos balcones, situada á su lado, tabique por medio, como visible ejemplo de que los extremos se tocan en la vida.

El suntuoso palacio estaba habitado por su propietario el Sr. de Altamira, opulento banquero, su esposa y un niño, hijo de ambos.